

## DOMINGO III DE CUARESMA

El contexto socio-religioso del evangelio de hoy es importante para captar el mensaje.

Jesús pasa por territorio de herejes. Así consideraban los judíos a los samaritanos, y los samaritanos a los judíos. Es una vieja historia de odios, de rencores, de desprecios, de enfrentamientos a causa de la religión. Unos y otros pensaban que su dios era el mejor, y su templo, y su monte santo, y su agua y sus fuentes. La escena se sitúa en Samaría. Un judío religioso debía evitar todo contacto con los samaritanos, no solamente impuros, sino herejes, y lo que menos se podía pensar era en pedirles a ellos de comer o de beber.

Jesús fatigado del camino, deja Jerusalén, va hacia Galilea, y pasa por Samaría que era un lugar que evitaban los judíos piadosos. Por eso los discípulos se sorprenden. Jesús, un hombre, un judío, y si queremos Dios, «pide» a una mujer pecadora. Ya sabemos que Jesús le pide para darle él mucho más.

Jesús no pasa por casualidad por aquél camino. Había elegido él mismo el camino por el que debía pasar. Se siente cansado, pero, más que por el camino, a causa de estas disputas religiosas sin sentido. Le pide a la mujer agua. Llega pidiendo, no ofreciendo. Existe desconfianza, aunque Jesús ha venido para ofrecerles a los samaritanos un espíritu nuevo, un agua viva, un culto nuevo, un Dios verdadero. El agua del pozo estaba encerrada y el pozo era hondo: representa el judaísmo y el samaritanismo. Es una crítica a las religiones que ponen tanto empeño en sus cosas, en sus tradiciones, en sus costumbres y en sus normas. A una y otra religión les faltaba el agua viva, carecían de Espíritu y de verdadera adoración. Vemos a Jesús que escucha las quejas de la mujer samaritana contra los judíos. Pero Jesús no representa a los judíos, aunque sea confundido con uno de ellos. Jesús pide, para dar; pregunta, para responder; siente sed, para ofrecerse como agua viva. Jesús tiene sed de la sed de la samaritana, sed de amor, de verdad, de libertad de corazón.

Con esa dinámica de contraste, Jesús propone una religión nueva y un culto nuevo: el culto en Espíritu y verdad. El Espíritu Santo dará a conocer cuál es el culto que tiene sentido: conocer a Dios verdadero, adorarlo como Padre, y vivirlo en fraternidad.

Pero los judíos y los samaritanos no adoran precisamente a un Dios como Padre, sino a un dios que ellos mismos se han creado a su modo y a su manera, el dios que justifica sus odios y sus rencores, un dios que lanzan contra los demás, para sentirse buenos ellos.

Son muchos los desafíos que esta narración evangélica nos sugiere. Ese pedir para dar, ese ofrecer en nombre del Dios vivo la felicidad y la vida verdadera, es lo propio de la “religión” de Cristo. El relato nos muestra a un Jesús que en este caso no es un simple judío, sino el Dios encarnado, que habla y dialoga con una mujer que descubre algo nuevo que viene de Dios.

Y entonces todo cambia. Se dejan de lado historias pasadas, las reglas, los prejuicios que atenazan el corazón y encierran el alma de la gente religiosa. Y hacen posible descubrir verdaderamente a Dios como Padre, que renueva y sana el corazón.

Pidamos por intercesión de Virgen María y de San José, el Espíritu Santo, que nos conceda esa profunda conversión interior, la verdadera libertad de los hijos de Dios.